

Por otro lado, a lo largo de toda la obra los autores han mostrado a las mujeres actuando por ellas mismas, es decir, siendo en muchos casos las protagonistas de sus propias vidas, e interviniendo activamente en los grandes y pequeños conflictos en los que se veían involucradas; muchas veces junto a sus maridos, pero otras muchas veces en solitario. El victimismo con que en ocasiones se ha retratado la figura femenina en estos siglos de la historia, desaparece en cierto modo en esta obra al mostrar que, al menos en el entorno cortesano, las mujeres tenían mucha más capacidad de actuación y decisión de lo que tradicionalmente se había creído.

En definitiva, se trata de una obra de gran interés y muy novedosa en cuanto a temática se refiere, al menos en el ámbito de la Península Ibérica. Por otro lado, la participación en ella de historiadores consagrados asegura el rigor y la actualidad del contenido.

Martí Aurell es catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Poitiers (Francia). Los temas en los que ha centrado sus investigaciones han sido principalmente la nobleza, la mujer, las estructuras de parentesco o el mundo de los trovadores en los siglos centrales de la Edad Media. En la actualidad sus investigaciones se centran en el estudio del linaje de los Plantagenet, fruto de lo cual es la obra colectiva que ha dirigido él mismo *La cour Plantagenêt, 1154-1204*, aparecida recientemente.

Roberto Ciganda  
Universidad de Navarra

**O'Malley, John W.**, *Trent and all that. Renamig Catholicism in the Early Modern Era*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2000, 219 p. ISBN 0-674-00087-0.

Introduction. What's in a Name? 1. How it All Began. 2. Hubert Jedin and the Classic Position. 3. England and Italy in Jedin's Wake. 4. France, Germany and Beyond. Conclusion. Bibliography. Notes. Acknowledgements. Index

¿Por qué la eclosión del protestantismo en la primera mitad del siglo XVI es conocida unánimemente como la era de la "Reforma"? ¿Por qué el catolicismo, en el mismo período, no ha contado con esa uniformidad conceptual y se ha intentado calificar con una variada cantidad de nombres que sólo en parte satisfacen? El origen del libro del padre O'Malley —fruto de su participación, en 1993, en las "D'Arcy Lectures" en Champion Hall en la Universidad de Oxford— está precisamente en su deseo analizar en profundidad tales denominaciones: cuándo surgen, quiénes las proponen, qué significan... Pues, detrás de todas ellas hay algo más que un simple nombre: hallamos toda una manera de entender y de abordar un apasionante período de cambio..

[MyC, 4, 2001, 283-333]

De esta manera el primer capítulo supone una magnífica síntesis del uso de conceptos tales como “Reforma”, “Contrarreforma”, “Restauración Católica”, “Revolución Protestante”, etc., acuñados y utilizados por diferentes historiadores adscritos, en su mayoría, al ámbito cultural alemán. Un concepto, el de “reforma”, que no era un término nuevo (v.g. la *reformatio* gregoriana), ni respondía a una voluntad radicalmente novedosa (v.g. la orden del Concilio de Constanza, *ecclesia sit reformata in fide et in moribus, in capite et in membris*); pero los diferentes tratadistas luteranos (Johan Gerhard, Konrad Dieterich, Ludwig von Seckendorff), a lo largo del siglo XVII, asociaron, con éxito más que notable, el término “Reforma” con el Protestantismo en exclusiva. Un paso más se dio en el siglo XVIII cuando teólogos e historiadores luteranos dieron categoría histórica a la Reforma al considerarla merecedora de ocupar un lugar destacado y diferente en la periodización de los tiempos modernos; algo que consolidaría con su obra Leopold von Ranke.

Al mismo tiempo que “Reforma” se circunscribía al ámbito protestante, las iniciativas católicas quedaban englobadas con el término, “Contrarreforma” (*Gegenreformation*) que el luterano Johann Stephan Pütter acuñó en 1776 en la introducción a su edición de la Confesión de Ausburgo y que —con connotaciones claramente negativas— venía a significar el retorno a la fuerza de los luteranos a la práctica del catolicismo. Años más tarde (1834-1836) Ranke en su historia de los Papas, y desde la óptica protestante daría al término “Contrarreforma” un sentido más amplio que el de una ofensiva política: el de unas fuerzas religiosas y espirituales renovadas. A pesar de ello el término Contrarreforma siguió manteniendo sus connotaciones negativas. En la Italia del *Risorgimento*, por ejemplo, la Contrarreforma fue considerada como la responsable de la decadencia italiana. Una visión heredada en los años veinte del siglo pasado por autores como Werner Weisbach o Benedetto Croce, y objeto de debates en Inglaterra, España y Francia.

Pero el término “Contrarreforma” no gustaba en el ámbito católico. Había que buscar alternativas. Fue a finales del siglo XIX, momento que coincide con una gran labor documental —gracias sobre todo al aporte de los fondos del Archivo Vaticano— cuando las obras de Wilhelm Maurenbrecher (*Geschichte der katholischen Reformation*, publicada en 1880), o del austriaco Ludwig von Pastor —en el quinto volumen de su historia de los Papas dedicado a Paulo III— hacen uso de la expresión “Reforma Católica” —pronto asumida por los historiadores católicos— así como el de “Restauración” (como alternativa al término Contrarreforma).

Llegados a este punto, fue Hubert Jedin —inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial— el que desempeñó un papel capital a la hora de dar contenido coherente a estas expresiones. El segundo capítulo —un breve repaso a su vida y a las circunstancias que llevaron a la redacción de su fundamental “Historia del Concilio de Trento”— analiza a fondo la contribución

del historiador alemán. Para Jedin el espíritu de renovación comenzó en el siglo XV, culminó con la fundación de la Compañía de Jesús, y la convocatoria de Trento; pondría sus bases con los cánones aprobados entre 1562 y 1563; y extendería su influencia hasta la Revolución Francesa. A esto debía denominarse “Reforma Católica”. Después estaba la defensa de la Iglesia contra sus enemigos: era la “Contrarrefoma”, cuyo significado venía a ser sensiblemente diferente del que le había dado la historiografía luterana: defensa de la verdad, de la tradición y la eliminación de los abusos. La tesis de Jedin, sus valores, sus prejuicios, su visión negativa del estado de la Cristianidad en la Baja Edad Media y en el Renacimiento, el papel fundamental jugado por un papado renovado, por los jesuitas como instrumento de ese papado, del Concilio de Trento; su aportación en un contexto histórico determinado (el desarrollo del Concilio Vaticano II); su rechazo de las aportaciones y métodos de la escuela de los *Annales*, y especialmente de Lucien Febvre o de sociólogos como Gabriel Le Bras, son objeto de una meritoria reflexión crítica por parte de O’Malley. ¿Cuál fue la influencia de Jedin a partir de entonces? ¿Qué nuevas respuestas se dieron a los nuevos retos y gustos de los historiadores?

Italia fue el segundo lugar después de Alemania en donde la obra de Jedin tuvo una influencia directa. A ello contribuyó sin duda el respeto con el que fueron recibidas sus tesis por parte de uno de los representantes de la “Italia laica”, Delio Cantimori. Gracias a ello se estableció un puente entre ambas partes, al mismo tiempo que el mutuo respeto fue un acicate para algunos jóvenes intelectuales católicos, como Prodi, Alberigo o Prosperi creando una nueva atmósfera de diálogo que culminaría en el Congreso Internacional con motivo del cuarto centenario de la clausura del Concilio de Trento en 1963.

No obstante, y a pesar de la influencia de Jedin, O’Malley va dibujando la aparición de alternativas a la orientación más política e institucional que el autor alemán da a sus estudios. En Italia Giuseppe De Luca —y su discípulo Gabriele De Rosa— se mostró partidario del desarrollo de una historia de la espiritualidad, de la “pietà vissuta”, para comprender el Quinientos europeo. H. Outram Evennet, en Inglaterra, profesor en el Trinity College de Cambridge —maestro de John Bossy—, abogó por la incorporación de la historia de la espiritualidad en los estudios de la historia de la Iglesia. Un Lucien Febvre, desde los *Annales* enfocó el estudio de la Reforma como “una profunda revolución en el sentimiento religioso”, convirtiendo al sentimiento en el auténtico objeto de estudio. Pero también otros como Étienne Delaruelle, Gabriel Le Bras o Jean Delumeau fueron decisivos a la hora de interpretar el siglo XVI.

Por otra parte la gran influencia que la obra de Jedin tuvo entre los historiadores católicos alemanes, no fue óbice para el éxito de las propuestas lanzadas en 1958 por Ernst Walter Zeeden. Su estudio del proceso de formación de las confesiones cristianas en este período (*Konfessionsbildung* —que años

mas tarde, en la década de los ochenta, se convertiría en *konfessionalisierung* o “confesionalización”), entendiendo por confesión tanto su doctrina como la comunidad que la apoya, encontraba más semejanzas que diferencias entre ellas. Sus investigaciones, junto al católico Wolfgang Reinhard o al protestante Heinz Schilling, pretendían romper el marco institucional y político de la historia de la Iglesia —de las iglesias—, para introducirlo en el proceso de la historia social de la Europa moderna. Sus “tesis de la modernización” —tanto el catolicismo como el protestantismo contribuyeron, gracias a la racionalización de sus estructuras, y a la disciplina social, a una modernización de Europa — chocaron con la vieja pero viva tesis de Weber y la ética protestante.

A este complejo debate hay que añadir, por último, la apuesta personal del propio O'Malley, recogida en su introducción y en sus conclusiones y que ya utilizó por primera vez en 1991: la de denominar a la época y a los acontecimientos que la protagonizaron como “Catolicismo de la Edad Moderna” (*Early Modern Catholicism*). Con las palabras “Edad Moderna” se abarcaría un período convencional (desde el Gran Cisma a la Revolución Francesa); con la expresión “Catolicismo” quedarían incluidos el pueblo, las instituciones y la doctrina, las manifestaciones culturales y religiosas “que antes de 1517 eran cristianas y después de esa fecha no eran protestantes”; que abarcaría el espacio europeo y las nuevas tierras descubiertas. No obstante la denominación es más bien “sosa” —el adjetivo es de su autor, y estoy de acuerdo con él— carente de la contundencia y del didactismo de otras, con una pretensión de globalidad vacía de contenido. Si definir es “fijar con claridad, exactitud y precisión la significación de una palabra o la naturaleza de una persona o cosa” (*R.A.E.*) su propuesta no creo que contribuya a explicar mejor el período que se intenta definir.

Por ello la mejor aportación de *Trent and All That* es su excelente reflexión acerca de las denominaciones que se han dado para calificar el papel histórico del catolicismo de la Edad Moderna, y especialmente su llamada de atención para que el uso de tales expresiones se haga de manera más reflexiva, aplicando el nombre a aquello que, precisamente, quiso y quiere decir.

John W. O'Malley, S.J., es profesor de Historia de la Iglesia en la Weston Jesuit School of Theology, en Cambridge (Mass.). Es autor de diferentes obras sobre la religiosidad en la Europa del Quinientos como *Rome and the Renaissance: studies in culture and religion* (1981), *Religious Culture in Sixteenth Century: preaching, rhetoric, spiritualit* (1993) o *The first jesuits* (1993; *Los primeros jesuitas*, 1995). Ha sido presidente de la “Renaissance Society of America”, ha ejercido su docencia en la “Divinity School” de la Universidad de Havard, en la Universidad de Cambridge y en el Boston College.

Jesús M. Usunáriz  
Universidad de Navarra